



LV

Ocho días después estaba derribado el barracón, y colocado en el suelo un trampolín de dos metros y veinte centímetros. Enfrente, y casi pegado á él, entre dos montantes de quince pies, fijos en la removida tierra, y semejantes á esas gradearías donde se escalonan floridos tiestos en los jardines, subía y bajaba una plancha movable, que una cremallera permitía alzar pulgada á pulgada. Y para amortiguar las caídas, había debajo de la plancha un lecho de capas de heno mullido.

Todas las mañanas, Juan despertaba

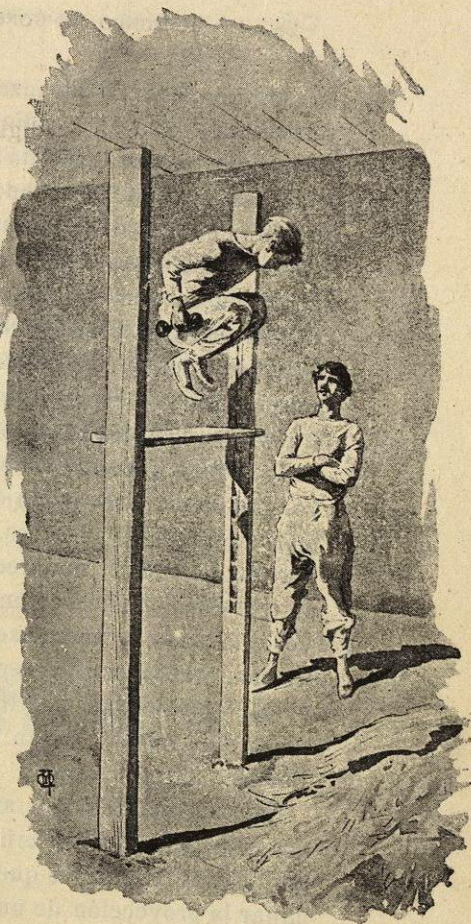


tempranito á Nelo, y los dos hermanos se ejercitaban en saltar la plancha, que cada día de los primeros iba ascendiendo algunas pulgadas. Por la tarde los dos estaban desencuadrados, con agujetas en el vientre, estómago y lomos, y el médico del Circo explicaba á Nelo que eran producidas por la relajación de los músculos rectos del abdomen y trapecio de la espalda. Y Nelo, sin desistir de tratar á Juan, á cada rato, de «hermano imposible» y de embromarlo, entre risueño y quejumbroso, con los males de los músculos rectos, seguía esforzándose en alcanzar el salto que requería el ejercicio.



## LVI

El salto, vuelo que momentáneamente desprende de la superficie terrestre á un cuerpo denso, blando, musculoso, compacto y material, que no posee para sostenerse en el vacío nada del contrapeso gaseoso, del flotante aparato de los seres voladores; el





salto, digo, cuando alcanza extraordinaria elevación, raya en prodigio. Porque para conseguir saltar, necesita el hombre realizar, sobre el pie estribado en el suelo, la flexión oblicua de la pierna y el muslo, y sobre el muslo la del torso. Y en este escorzo del cuerpo, en este descenso del centro de gravedad, en el semicírculo de los miembros plegados y recogidos como los extremos de un arco con la cuerda tendida, requiérese un súbito disparo de los extensores, análogo al escape de un resorte de acero. que con un solo empuje venza la adhesión de los dedos gruesos, atados al suelo por la gravedad, enderece en rígida tiesura piernas, muslos, columna dorsal, y proyecte la masa corpórea hacia el cielo, mientras los brazos, con los cerrados puños tendidos, lanzados hacia el límite externo del desarrollo, hacen, según frase del médico Barthez, oficio de alas.

Esforzábase Juan en auxiliar y provocar de todas las maneras imaginables el disparo de los extensores que habían de determinar la proyección de un cuerpo de peso de ciento treinta libras á cerca de quince pies de altura aérea, y, por añadidura, per-

pendicularmente. Mucho tiempo obligó á Nelo á que buscase, al pasar corriendo por el piso del trampolín, el modo de colocar los pies de suerte que la plancha adquiriese el mayor *péndulo* posible. Constriñó á su hermano á que estudiase la fuerza relativa de sus dos piernas, para que, al lanzarse, se apoyase en la más fuerte y de ella recibiese el impulso. Y también lo acostumbró á saltar, teniendo en las dos manos pequeñas pesas, á fin de levantar y lanzar á lo alto el cuerpo con más bríos.







## LVII

En el ejercicio que habían de ejecutar ambos hermanos, Juan no necesitaba elevarse más que á nueve pies de altura. Casi inmediatamente había conseguido este resultado, y ahora se ejercitaba, no ya en saltar sobre una plancha, sino sobre una barra, conservando en ella el equilibrio.

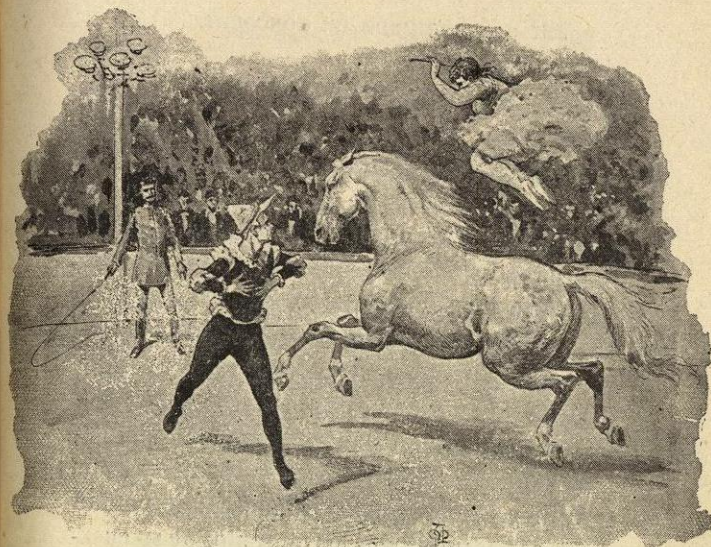
En cuanto á Nelo, al cabo de un trabajo de tres meses, que le había reventado todas las venillas de las piernas, consiguiera saltar trece pies, pero el pie y algunas pulgadas que faltaban para el éxito completo del ejercicio, no salían: permanecía fijo en sus



trecé pies, por mucha energía, obstinación y esfuerzo que desplegase, anhelando satisfacer á Juan.

Entonces, con desaliento colérico y pueril, declaró á su hermano que estaba loco, loco de atar y encerrar, y que se gozaba en hacerle intentar cosas que de antemano sabía ser completamente imposibles.

El mayor, que conocía bien á su hermano, su móvil é impresionable condición, su facilidad para animarse y desanimarse, no entró en discusión con Nelo; fingió aprobar y convenir, y durante algún tiempo manifestó tácitamente haber renunciado por completo á la famosa habilidad.



## LVIII

Mucho se había divertido el joven payaso con el enfado y contrariedad que se pintaban en el rostro de la Tompkins al darle él sus acrobáticos palmos de narices. Como Nelo seguía siendo chiquillo, y travieso y pesado á la manera que los chiquillos lo son, discurrió convertir la pausa que se concede en el Circo, durante las representa-



ciones nocturnas á amazona y caballo para que respiren—pausa que se entretiene con los jocosos requiebros y galanteos del payaso á la artista, — en un largo intermedio, semi-cruel. Dirigiéndose á la Tompkins prodigaba ademanes de admiración, en que casi se desnucaba del modo más extravagante; éxtasis en que se postraba de rodillas con grotesco pasmo; deseos amorosos que declaraban sus piernas por medio de un *tremolo* imposible; manos apoyadas en el corazón con contorsiones inauditas, y, por último, adoraciones y súplicas que ponían en caricatura todos los músculos de su cuerpo, por cuyos nervios brotaba á chorros la acre sátira plástica. Haciendo guitarra de una de sus piernas vueltas, remedaba, mirando á la dama, las más seductoras hipérbolos de las serenatas amorosas. Y cada día variaba de programa, y lo aumentaba y bordaba un poquito más; y aun solía, con objeto de prolongar la desazón de la norteamericana, agarrarse á la cola del caballo cuando arrancaba ya, y realizar movimientos que eran otros tantos epigramas, y actitudes del espinazo llenas de ironía inexplicable. Era á modo de pantomima eje-

cutada por un Deburau mozo, lindo, distinguido y fantástico; pantomima nada canalesca, ni siquiera grosera, sino rápida, delicada, bosquejada en el aire, delineada por medio de la burlesca situeta de un cuerpo satírico, y entendida perfectamente por el público de las localidades de primera, que ya iba dando en concurrir al Circo por ver aquel croquis gimnástico tan gracioso. En realidad, creían asistir á una alegre escena de comedia muda, en que el joven payaso, con espaldas, piernas, brazos, manos, y también, en cierto modo, con el ingenio de la destreza física, oponía, riéndose, al ardor de una hembra—y algunos concurrentes asiduos conocían á esta hembra muy bien—la indiferencia más burlona, el desprecio más mofador, el desdén más jocoso.

No se contentaba Nelo con tan poco. Algo engreído por el éxito de su malignidad, y otro poco por las excitaciones de sus compañeros, resentidos con la altanería de la amazona, se deslizó á arañar á su apasionada en el lugar más sensible de su vanidad femenil y en la fundada presunción que hacía de sus formas encantadoras. El suelto y elástico cuerpo de la



Tompkins carecía de la serpentina ondulación que distingue á los de las parisienses: tenía la columna vertebral británica, un tanto rígida, y que, aun descoyuntada y quebrantada por la profesión, no se prestaba á graciosas flexibilidades. Decía cierto escultor que vivió largo tiempo en Inglaterra y los Estados Unidos, que jamás pudo encontrar, entre todos los esbeltos y elegantes bustos femeninos de ambos países, un torso de modelo capaz de servirle para estudiar la inclinación de una Hebe que alarga la copa á Júpiter, de una Cipris tendida, con las riendas en la mano y arrastrada por un tronco de palomas. Nelo, pues, remedaba en caricatura la tiesura graciosa de la Tompkins, entre la hilaridad general, exagerando las inflexiones ásperas y las anquilosadas reverencias del cuerpo juvenil y hermoso de la norteamericana, cuando daba gracias por sus aplausos al público.

Y cuanto más veía irritarse á la amazona, más gozaba en mortificarla el travieso payaso. Ya no se contentaba con las noches de función; la perseguía con sus bromas pesadas y tercas, en los ensayos y en todas partes, sin dejarla punto de reposo. Si la

norteamericana, á la entrada del pasillo de la derecha, se preparaba á su ejercicio ecuestre con brincos, que terminan en cruzadas cabriolas, al punto veía aparecer, en la entrada del pasillo de la izquierda, á Nelo, que, encaramado sobre uno de esos altos taburetes blancos con listas coloradas que sirven para el salto de las banderolas, le dirigía, rodeado de un círculo de acomodadoras que celebraban el chiste, mil estrambóticas morisquetas.

Dos ó tres veces, en medio de estas chocarrerías, y en ocasión de hallarse bastante próximo á la amazona, la había visto Nelo apretar, con mano próxima á descargar el golpe, el puño de su látigo, que era una cabeza de hipocampo de cristal de roca; y al verlo, esperó, como rapaz á quien tienta el deseo de recibir el cachete que le amaga; pero al instante mismo, la otra mano de la amazona empuñaba el látigo por el medio, y lo deslizaba muy despacio entre sus dedos crispados, arqueándolo por cima de su cabeza como doblugada rama; y después de un seco y extraño «¡aoh!,» la mujer recobraba su impassible aspecto y la fijeza de su mirar.



Porque es de advertir que la Tompkins seguía mirando á Nelo todo el tiempo que estaban juntos en la pista; sólo que ahora su mirada expresaba un rencor alarmante.

—Mira, déjala en paz—dijo una noche á Nelo el payaso Tifani.—¡Yo que tú, te lo aseguro, tendría miedo á la mirada de esa moza!



## LIX

En sus primeros ensayos del nuevo ejercicio, los dos hermanos se servían de un trampolín de madera sin pintar, hecho por un carpintero de la vecindad; el rudimentario trampolín de los saltimbanquis. Juan, sin que Nelo lo supiese, encargó en casa de un especialista, vigilando él mismo la construcción, un trampolín, en que reemplazó el pino con el *fresno de las islas*, madera que los norteamericanos conocen con el nombre de *lance wood*. Era un trampolín levemente modificado, que tenía algo de la *bata inglesa*, y media tres metros de largo,

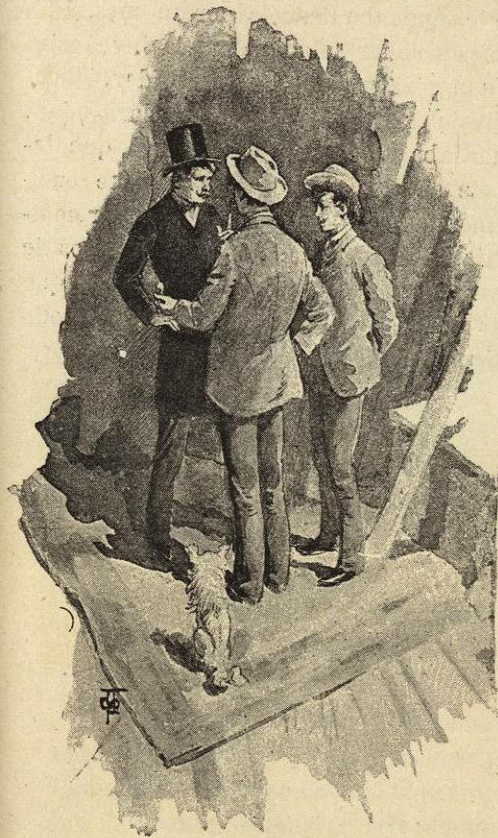


con una inclinación del piso que lo levantaba cuarenta centímetros del suelo al punto en que el saltarín toma vuelo para lanzarse. A fin de prestar mayor elasticidad á la plancha, Juan la mandó adelgazar hasta el punto crítico en que aún podía doblarse y ceder sin fractura. Y, al cabo, terminado el trampolín, sustituyó el último montante de madera con una barra de acero envuelta en un trozo de alfombra, que obedecía á la percusión del gimnasta, comunicando extraordinaria fuerza propulsora al salto.

Colocado en las Ternas el trampolín, rogó el hermano mayor al menor que lo probase. En el salto primero, dado sin entusiasmo, ganó ya Nelo medio pie. Y de seguida, tras cinco ó seis ensayos del brinco, hechos sin levantar mano, antes que el mayor hablase de lo que más le interesaba, el menor le gritó, en mitad de un vuelo, que ya estaba arreglado el asunto, que con aquel trampolín haría lo que Juan tanto ansiaba. Algunos días después, Nelo alcanzaba el salto de los catorce pies de altura. El ejercicio entraba en el terreno de lo posible, de lo factible á breve plazo.

En vista de ello, Juan conferenció con el

Director-gerente; dijole que era llegado el



momento de llevar á feliz término cierta



habilidad extraordinaria, nunca vista, y que le suplicaba licencia por un mes, á fin de perfeccionar debidamente la invención.

Juan gozaba fama de descubridor. Tiempo hacía que el Circo, lleno de curiosidad, aguardaba algo, y algo estupendo, que daría de sí, por fuerza, el constante ensismamiento del payaso. El Director compartía la confianza de los compañeros de Juan; vino, pues, muy de grado en lo que se le pedía, añadiendo que otorgaba todo el tiempo preciso.



## LX

La perfecta ejecución de la habilidad, en todo su conjunto y detalles, requería más tiempo del que Juan calculó al pronto. Ambos hermanos trabajaron seis semanas cerrados en su gimnasio en miniatura: cuan-



do los rendía el cansancio, se arrojaban sobre el heno que mullía el piso, dormían cosa de una hora, y vuelta á empezar. Era menester que el éxito, logrado una vez por feliz casualidad, y erigido casi en costumbre merced al esfuerzo y labor cotidiana, pasase á ser acierto infalible, seguro, constante, sin fracaso posible: y esta continuidad y permanencia del éxito, indispensable para que una habilidad pueda producirse ante el público, á veces la inutiliza. Además, así que Nelo llegó á saltar la altura apetecida, resultó que el salto no había de realizarse en espacio abierto y libre: Juan lo encerraba en el círculo estrecho de dos aros de bramante, figurando la boca y el fondo de un tonel: empresa nueva. Y, por último, ya tenía Nelo que saltar sobre los hombros de su hermano, cuyos pies descansaban en un estrecho tallo de hierro en figura de semicírculo; y la horrible dificultad de la persistencia de ambos acróbatas, el uno bajo el choque, el otro teniendo que quedar afianzado y á plomo sobre una base de músculos, de carne agitada, exigía infinidad de tentativas, ensayos y pruebas. Cuando Nelo creía todo definitivamente

mente arreglado, resulta que Juan quería coronar la invención por medio de una serie de saltos mortales de los dos acróbatas al mismo tiempo, el uno debajo del otro, y para los cuales—sobre puntos de apoyo imposibles—necesitaban unir, á una igualdad y concordancia de movimientos extraordinaria, la recta destreza del viejo Auriol, ducho en caer del cielo metiendo los pies dentro de sus zapatillas.

Faltaba todavía discurrir la invención estética, en que, según añeja costumbre, querían engarzar su trabajo los gimnastas. Nelo, el poeta acostumbrado de los ejercicios fraternales, había ideado caprichos muy graciosos, un marco risueño y fantástico, y trozos de música que eran á la vez ecos de huracanes y de suspiros de la Naturaleza. Pero llegado el último instante, ambos hermanos observaron que el adorno y floreo del aparato escénico encubría y oscurecía lo osado del ejercicio. De común acuerdo, resolvieron ser por una vez gimnastas, y nada más que gimnastas, reservándose más tarde adornar la habilidad con sus inventos poéticos, para refrescarla cuando se anticuase.